

LA REVISTA DE BUENOS AIRES

HISTORIA AMERICANA, LITERATURA Y DERECHO

Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental
del Uruguay y la del Paraguay.

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DE

Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada

(ABOGADOS)

TOMO XVIII.



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE MAYO, 241 CALLE MORENO 243

1869

HISTORIA DE ROSAS. (1)

POR MANUEL BILBAO.

Edicion en 4.o mayor.

(ARTICULO BIBLIOGRAFICO.)

Es una coincidencia singular que las dos veces que hemos estado en el Rio 4.o, hayamos tenido que ocuparnos de don Juan Manuel de Rozas.

El año de 1865 nos ocupamos de él con motivo de un artículo bibliográfico que escribimos á propósito del libro de nuestro excelente amigo Santiago Arcos, publicado en Europa en francés, bajo el título de *La Plata* (2), y ahora lo hacemos con motivo del primer tomo que ha dado á luz la es-

1. El señor Bilbao no ha debido intitular su libro: "Historia de Rosas." — sino: "Historia de Rozas" (con z), ó: "Historia de don Juan Manuel Ortiz de Rozas," que es como realmente se llamaba el personaje histórico, aunque él, caprichoso en todas sus cosas, unas veces firmaba sus autógrafos con "s", y otras con "z". Es extraño que un espíritu investigador, como parece el señor Bilbao, y que debe haber tenido á la vista muchos papeles privados de la familia de Rozas, no sepa lo que por el interés histórico voy á decir:

Cuando Gonzalo de Córdoba regresaba de sus campañas contra los moros, cierto noble de su séquito elijió para tender sus reales un lindo valle que está en el centro de Castilla, y, como el pasto y malezas estaban muy crecidos, mandó "rozar" todo aquello ("rozar" segun el diccionario de la lengua castellana, es: "limpiar la tierra, de las matas y yerbas; para que retoñen las plantas, ó para otros fines"), y de ahí le quedó á dicho valle, el nombre de "Rozas", vinculándose despues en él un Mayorazgo, etc. etc. Todo esto consta de los papeles ó pruebas de la familia noble ya, á la sazón del regreso de Gonzalo de Córdoba de sus campañas. Por manera que "Ortiz" era el patronímico, y "de Rozas," el título. A partir de la época determinada, la familia de Ortiz, modificó sus arras, enlazando una corona de marqués á la de conde, y agregando campo azul al gules de aquellas.

2. Ver la "Revista de Buenos Aires"—Año 1865.

tampa de Buenos Aires, bajo el título que encabeza estos renglones.

Querer esplicarse el por qué de esta coincidencia, ó lo que tanto vale, por qué siempre la vida tranquila del Rio 4.º nos incita á la lectura y á la meditacion, es pretender descifrar uno de tantos enigmas de la vida, lójica, aun en los fenómenos que se ha convenido atribuir al génio de la fatalidad.

Dejamos pues, á espíritus mas cavilosos que el mío, la descifracion de la coincidencia apuntada, que hemos mentado, mas que por otras razones, por seguir la costumbre literaria de no entrar en materia sin el exordio consabido.

Si se tratara del libro de un historiador universalmente conocido, seria ocioso, ó petulante, examinarlo bajo el punto de vista de la forma y del estilo.

Bastaria ocuparse del fondo de él.

Quien no sabe que Thiers es brillante, animado; que Macanley es sóbrio, elocuente: que Washington Irving es correcto, vivaz, profuso: que Motley es conciso, orijinal?

Pero, tratándose de un escritor jóven, aunque ventajosamente reputado, como publicista y diarista, no es posible prescindir ni de la forma, ni del estilo.

Los libros, no solo enseñan las ciencias, la historia, la literatura, las artes, sino tambien á escribir bien.

De manera que los mejores libros son aquellos que á la vez que hacen adelantar el pensamiento humano en su múltiple desarrollo y manifestaciones, nos inician en las bellezas del arte de escribir con propiedad, pudiendo servir de modelo á la estudiosa juventud.

Montesquieu es grande y eminente historiador, no solo porque nadie ha pintado la Grandeza y Decadencia del Imperio Romano como él, sino porque nadie ha sobrepasado su estilo.

Cuando él relata los hechos, relata la verdad. Cuando los comenta, satisface el criterio de la mas austera filosofia.

Y es un hablista y un estilista tan consumado, que sus páginas solo se parecen á sí mismas; de tal modo que quien

intentara alterarlas, no hallaría ni frases mas adecuadas, ni espresiones mas correctas que emplear.

Yo sé bien que el señor Bilbao no ha aspirado á calzar el coturno de ninguno de los grandes maestros de la literatura y de la historia; pero proponiéndonos hacer un breve comentario de su libro no podemos dejar de decir que, encarado bajo el aspecto de la forma y del estilo, es muy inferior á Lassarria escribiendo *La América*, á Mitre escribiendo la *Historia de Belgrano*, á Dominguez escribiendo la *Historia Argentina*.

Su estilo es fácil, corriente, pero incorrecto y pálido. Carece, ademas, de unidad, resintiéndose visiblemente de la forma monotona, oficial y añeja de las *Gacetas*, como el *Archivo Americano* y el *Registro oficial*, fuentes en que el historiador ha bebido una gran parte de su erudicion sobre las cosas del Rio de la Plata.

Si fuéramos á ser prolijos, podríamos determinar las páginas en que el escritor no ha hecho mas que copiar, cálamocurrente, *mutatis mutandi*, lo dicho por otros; las páginas en que la forma de una corta contestacion á una série de preguntas le ha impuesto el estilo: las páginas, en fin, en que se trasunta la conversacion tenida con un contemporáneo mas ó menos imparcial.

En dos palabras, y para entrar cuanto antes al fondo de este nuevo libro: la *Historia de Rozas* es escrita de prisa.

El escritor ha encerrado lo que mas bien que *Historia de Rozas* podria llamarse *Historia de la Revolucion argentina*, en doce capítulos, precedidos de una introduccion, cuyo objeto capital es probar que las ideas, los hábitos y costumbres del coloniaje, han ejercido una influencia decisiva en el curso de los acontecimientos históricos desde 1810 hasta nuestros dias.

Aceptamos este criterio, teniendo que criticar solamente que el historiador haya preferido recargar su introduccion con larguísimas citas, en vez de disertar de su cuenta y riesgo sobre los efectos inevitables y persistentes de la intolerancia

religiosa y de la tiranía sobre la libertad racional del hombre, pues, nosotros creemos, como el señor Bilbao, que:

“Mas tiranos han hecho los esclavos,
“Que esclavos han hecho los tiranos.”

Si el señor Bilbao fuese arjentino, nos atreveríamos á decir que la *Historia de Rozas* es escrita de propósito deliberado, con el fin de vindicar á un partido, dándole, al través del tiempo y de la lucha, la razon teórica que los hechos le han negado.

Pero, el señor Bilbao no es arjentino; no ha tenido todavía suficiente tiempo para apasionarse por nuestras cuestiones, y no podemos dirigirle aquella acusacion, so pena de olvidar que solo Dios conoce el corazon humano, que á él solo le es dado desenredar la embrollada madeja de los motivos que obligan al hombre á discurrir de cierta manera.

Y sin embargo, tenemos que decir que el señor Bilbao ha escrito su libro bajo la influencia de un plan convencional, ó de una preocupacion.

Este defecto campea en todo él.

El señor Bilbao, por ejemplo, afirma, en alguna parte, que Rozas era cobarde, y aunque despues refiere hechos revestidos de todo el carácter de la autencidad que prueban lo contrario, no modifica su opinion, siguiendo en esto la vulgar corriente que pinta á todos los tiranos, sombríos y desconfiados, pusilámines y falaces.

Y porque don Domingo Ortiz de Rozas, abuelo paterno de Rozas, fué español, Mariscal de campo de los ejércitos de Felipe V, gobernador de Buenos Aires en 1742 y Presidente de Chile, en seguida; y porque don Clemente Lopez de Osornio, fué también español, comandante Jeneral de campaña en 1765, y gefe espedicionario á Misiones; y porque Rozas no fué patriota, es decir, porque no fué soldado de la Independencia, ni exaltado de los de 1810, clubista del café de Márkos, pretende que la familia Rozas fué goda, y que este simpatizaba con las ideas de la colonia.

El historiador se olvida de cual fué la educacion de Ro-

zas, de su infancia y de su juventud; se olvida de que, desde la mas temprana edad se entregó á los trabajos de campo, y que, viviendo lejos de Buenos Aires, dominado por la pasión de hacer una rápida fortuna, no podía pensar, como Moreno, como Rivadavia, ó mejor dicho, como pensaba la juventud criolla de la ciudad iniciadora.

Tanto valiera decir que todos los hijos de los estancieros ricos de Buenos Aires, que, durante las agitaciones que ha experimentado la Provincia desde la caída de Rozas hasta nuestros dias, han vivido en el campo pensando en trabajar y en labrarse un porvenir material, han sido partidarios de la Dictadura, porque no han cooperado activamente con las armas á fundar la libertad conquistada.

Tanto valiera decir que todos los indiferentes, que durante ese mismo tiempo se han ocupado del comercio en la ciudad, sin jamás enrolarse en la Guardia Nacional, ni asistir á un club, sin participar de una sola zozobra, de una sola esperanza por la suerte del pais, han vivido suspirando por la vuelta del chaleco y del cintillo colorado.

Y el señor Bilbao pretende que conoce á la familia de Rozas!

Mal lo prueba cuando afirma que los antepasados de este habian bien poca importancia á la ilustracion del espíritu.

El señor Bilbao, sin duda, no ha oido mentar ni á doña Andrea Rozas, ni á doña Gregoria Rozas, (1) dos matronas llenas de instruccion, herencia que ellas no disputaron jamás á sus projenitores.

Rozas, estanciero, gaucho si se quiere, arguye tanto en el sentido de la tésis del señor Bilbao—la familia de Rozas era realista—como si dijéramos: los hijos de Rivadavia prueban lo que él fué.

Yo me permitiria aquí un argumento *ad hominem*, ya que la *Historia de Rozas*, conteniendo algunas pájinas de crónica contemporánea, se roza con mi familia; y es justo y na-

1. Se concebirá sin esfuerzo, porque delicados motivos no contiñó la enumeracion de las hermanas menores.

tural que la vindicacion se alze al lado de la caprichosa acusacion. Mas mi objeto no es defender á Rozas ni á su familia, sino dar cuenta sumariamente de un libro recientemente publicado.

II

El señor Bilbao, queriendo caracterizar á los partidos, establece tres filiaciones:

El partido federal, ó Dorrego;

El partido unitario, ó Rivadavia;

El partido separatista, ó Rozas.

Y como una consecuencia de estas filiaciones, su libro traspira en todas sus pájinas esta idea: el partido de Dorrego es el que se encuentra triunfante en la República, ó, lo que es lo mismo, el alma de Dorrego nos gobierna, desde que hemos planteado el réjimen republicano federal.

De modo que Rivadavia, con sus tendencias centralistas, y Rozas, con sus pretendidas aspiraciones separatistas, resultan los representantes del antiguo réjimen colonial.

Rozas separatista, y Rivadavia godo, he ahí dos ideas originales, por no decir raras.

Rozas era tan separatista, que si algo aparece de relieve en su política sórdida es el pensamiento de anexar la República Oriental al cuerpo á que en otros tiempos perteneciera.

Por eso, en las espadas que venian de Europa para el ejército de Oribe, se leia esta inscripcion: *República Oriental Confederada*.

La federacion no es la obra de Dorrego, no es la obra de nadie. Es el instinto de la muchedumbre que se ha hecho institucion.

Con Dorrego, ó sin Dorrego, la federacion habria triunfado, impuesta por la jeografía, y como consecuencia del mismo réjimen colonial, en donde se puede encontrar el rastro de la federacion del porvenir, pues el monarca de España no concedia á los Virreyes el patronato de las gobernaciones, sino que él las determinaba desde lo alto de su sόlio.

Todas las revoluciones son embrionarias y endójenas.

Los Países Bajos empezaron por agitarse contra Carlos V y Felipe II, por suplicios de la Inquisición.

El virtuoso Guillermo el Taciturno, tan patriota como Washington, aun en medio de las mas grandes convulsiones, protestaba sinceramente su adhesión al Rey. Y sin embargo, aquellas agitaciones acabaron por convertirse en un movimiento poderoso de independencia y de libertad, y haciendo surgir del fango, por decirlo así, una república sabia y conservadora, bautizada por la sangre y el fuego de déspotas feroces, como Alba y Requesens, legaron á la historia las páginas mas instructivas y fecundas para la libertad de los tiempos modernos y enseñanza del linaje humano.

La revolucion argentina, como todas las revoluciones sociales, pudo saber donde empezaba; pero no podia calcular siquiera donde se habia de detener.

Así, su primer grito, no fué independencia, sino libertad.

La libertad era incompatible con la dependencia de España por causas suficientemente dilucidadas por el señor Bilbao en su introducción. De ahí el grito de independencia del Congreso de Tucuman.

La libertad y la independencia eran incompatibles con la monarquía, porque teníamos al lado el ejemplo del Brasil con sus esclavos. De ahí el unitarismo republicano.

Pero el unitarismo, á su vez, era incompatible con la libertad provincial, comunal, é individual. De ahí el grito de federación, turbulento é incoherente al principio, cuando era proferido por Artigas, quien, á no dudarlo, ni concebía, ni entendía, como Rivadavia, la significación política y trascendental de *federación*.

En una palabra, somos federales, no por Dorrego, sino porque somos libres.

La federación es la fórmula definitiva de la libertad.

Querer revindicar para un hombre, para un círculo, para un partido, las glorias de nuestras actuales instituciones.

es lo mismo que pretender que San Martín, sus generales y un partido, fundaron la Independencia que es el resultado de los esfuerzos comunes, jenerosos, pero anónimos del pueblo argentino.

Esa es la verdadera filosofía de la historia; fuera de ella no hay sino caprichosas apreciaciones, que revelan mas exaltacion y entusiasmo por los personajes que deslumbran al mundo con sus hazañas, que observacion y alta imparcialidad.

La Historia de Rozas por el señor Bilbao, es pues, un libro en el que hay algunos detalles interesantes que aprender; pero que contemplado del punto de vista grave de la filosofía, encierra una falsificacion de la historia.

El señor Bilbao no ha tenido presente que en el pueblo argentino ha habido alguien que sabia mas que Dorrego y su sequela: *todo el mundo*.

III.

Será mas feliz el señor Bilbao en su tomo segundo, ó tercero, que lo que ha sido en el primero?

Ni lo dudamos, ni lo creemos.

Escribir la historia contemporánea sustrayéndose á las mil influencias del tiempo y del lugar, y á las afinidades sociales, es una de las mas árduas tareas.

Agreguemos, para concluir, que, á nuestro juicio, la historia de los hombres como Rozas, no se debe escribir sino despues que ellos han muerto; cuando sus papeles, públicos é íntimos, pueden servir de faro al historiador.

Toda personalidad es un dualismo, llámese Franklin ó Robespierre.

Rozas ha sido un tirano,—convenido.

Pero, tambien los tiranos derrocados tienen derecho á la libertad de hablar.

Aquel que los juzga antes de la tumba, sin haber oido su póstuma confesion, se espone á ser injusto ó severo.

Lamartine ha dicho, al escribir la historia de Julio César: "seámos implacables ante la gloria."

Y el señor Bilbao, al escribir la *Historia de Rozas*, parafraseando á Lamartine: "seámos implacables ante la justicia."

Nosotros, terminamos preguntando: *si no es tambien un deber moral ser implacables ante la injusticia.*

LUCIO V. MANSILLA.

Rio 4.o Marzo 29 de 1869.

